

## AGENDA CIUDADANA

### ¿EN VERDAD SE QUIERE DESPLAZAR AL PRI?

Lorenzo Meyer

**Duda.-** El PAN dice buscar, por encima de cualquier otro objetivo, “sacar al PRI de los Pinos”, pero fuera del mundo del discurso, en la realidad, la cúpula dirigente de ese partido de oposición actúa como si su verdadero propósito no fuera capturar el poder al nivel más alto del sistema, sino algo más modesto: ganar posiciones intermedias (gubernaturas, curules y municipios) y desde ahí acotar al presidente y a su partido para moderar lo que considera políticas irresponsables, disminuir la corrupción en ciertas áreas, hacer avanzar la privatización y, en general, evitar los excesos que condujeron a las últimas crisis económicas.

La revisión de la conducta del PAN tras las elecciones del 88, indica que de manera consciente o inconsciente, ese partido ha preferido no empeñarse en disputar a fondo el poder sino negociar con la clase política priísta. Y quizá la razón de ello sea la siguiente: mantener el control de las clases populares es, a la vez, una necesidad y una tarea muy difícil para un partido de la naturaleza y con la tradición del PAN, sobre todo si existe el sistema político una organización de centro izquierda como el PRD y otras agrupaciones más radicales, con discurso y capacidad de movilización de las “clases peligrosas”. En esas circunstancias, lo prudente es mantener viva y activa, aunque controlada, la maquinaria desmovilizadora del PRI, con su gran tradición de manejo y control de masas, y que si bien a veces maneja un lenguaje populista, en la práctica sigue una política consistentemente conservadora. Objetivamente, el mayor peligro para el PAN, y para las clases, intereses y forma de vida que representa, no es el PRI sino la otra oposición. PAN y el PRI son dos variantes de la de derecha, y por encima

de sus diferencias ideológicas comparten intereses frente a las opciones que se encuentran a su izquierda.

**El México del Siglo XXI**.- En el aniversario de la Revolución Mexicana y en Puebla, el candidato presidencial de Acción Nacional, Vicente Fox, señaló que el 2 de julio del 2000, es una fecha crucial, pues lo que entonces ocurra en las urnas va a tener un significado histórico, ya que “la decisión de los mexicanos no es (sobre) un candidato ni partido, es si seremos más de lo mismo...En esta elección hay algo más profundo, se va a elegir al México del siglo XXI” (Síntesis, Tlaxcala 21 de noviembre). El mismo día en que Fox reflexionaba en Puebla sobre la importancia de las próximas elecciones, en la capital de la República los mandos priístas y más de 18 mil miembros de ese partido, se reunieron en la sede de esa institución, en un ambiente de euforia y triunfalismo, para presenciar la toma de protesta de su candidato a la presidencia, Francisco Labastida, primer aspirante de ese partido a tan alto puesto que inicia su campaña relativamente legitimado por una elección primaria y con participación masiva. De muchas maneras, con discurso y acciones, los mandos priístas manifestaron que están decididos a iniciar el próximo siglo manteniendo a uno de los suyos en el sitio que han monopolizado a lo largo de los últimos setenta años. Tanta confianza muestra la elite priísta en su capacidad de sobrevivencia, que Labastida ya aseguró cual será la base de su triunfo: 17 millones de votos, mismos que le permitirán la recuperación de la mayoría en la Cámara de Diputados (Reforma, 23 de noviembre).

Frente al optimismo y triunfalismo desbordado de la dirigencia del PRI, el presidente del PAN, Luis Felipe Bravo Mena, ha respondido que a él no le impresionan los supuestos diez millones de votos que el PRI dice haber conseguido en sus elecciones internas (Milenio, 15 de noviembre). Es muy probable que la participación

ciudadana en las elecciones internas del viejo partido de Estado no haya llegado a esos 9,722,576 a los que hace alusión la propaganda del PRI. Las casillas semi-vacias en el Distrito Federal el día de la elección dan pie, por lo menos, a la sospecha, y es difícil de explicar, por ejemplo, como fue que en Veracruz, un estado azotado por las inundaciones, haya habido una votación más numerosa que la que tuvo lugar en la muy poblada y muy normal Ciudad de México. Sin embargo, y pese a todo, es un hecho irrefutable que el domingo 7 de noviembre la maquinaria del PRI funcionó mucho mejor que la de los dos grandes partidos de oposición. No hubo equidad, es cierto, pero si competencia real entre el candidato del presidente, Francisco Labastida, y el opositor Roberto Madrazo. Las cifras absolutas pueden estar abultadas, pero las encuestas de salida de organizaciones independientes confirman que efectivamente ganó el personaje que el aparato deseaba y en las proporciones adecuadas para que su victoria no resultara apabullante y burda, Finalmente, la contienda interna no llevó a la ruptura del partido del gobierno; el madracismo se redujo a su mínima expresión – prácticamente a Roberto Madrazo y un puñado de fieles--, y el resto de esa corriente se está diluyendo rápidamente dentro del labastidismo. En fin, el domingo 7 fue un ensayo con todo y vestuario de la manera como va a operar a mediados del año entrante la bien financiada maquinaria priísta. Y aunque la oposición no se diga preocupada, lo cierto es que cada vez son mayores las posibilidades de que, en materia política, los mexicanos tengamos “más de lo mismo” al cambiar el siglo. Es más, la sospecha de que el PRI volverá a controlar la presidencia hasta acumular 77 años ininterrumpidos ya rebasó las fronteras (véase, por ejemplo, a The Economist, 13 de noviembre).

Inmediatamente después de las elecciones internas del PRI, Vicente Fox las calificó de “mucho ruido y pocas nueces”, pero Bravo Mena reaccionó de una manera más realista y demandó: “hay que matar la sensación de que el 2000 ya es del PRI”. La propuesta no llega en el mejor momento ni por el mejor canal. La sensación de inevitabilidad de un nuevo triunfo de “los mismos de siempre” no se puede contrarrestar sólo con palabras, y menos en una sociedad que por generaciones ha vivido a la sombra del PRI y que, además, ha experimentado la derrota cada vez que ha intentado en serio la insurgencia electoral, desde Almazán en 1940 hasta Cárdenas en 1988 y 1994. Se debe enfrentar con acciones y es ahí donde está el problema.

Lo expresado por Fox en Puebla constituye una verdad tan grande y evidente como un templo. En efecto, lo que estará en juego en julio próximo no es simplemente quién --Labastida, Fox o Cárdenas-- y que partido --PRI, PAN o PRRD-- va a ocupar la presidencia mexicana, sino algo más profundo e importante: la posibilidad de acabar o preservar un monopolio político sin rival en la historia política mundial del siglo que está por concluir. Para hacer culminar la transición mexicana en el punto a donde el PAN y el resto de la oposición dicen desear --en la alternancia en el poder-- se necesitan decisiones y acciones, y las del PAN en los últimos once años no respaldan su discurso.

**La Incongruencia.**- De entrada, se desechó tomar la acción más dramática y efectiva para dar a la oposición la posibilidad de enfrentarse con el PRI en las urnas del 2000 en condiciones de menor desigualdad que en el pasado y que hubieran podido despertar la imaginación popular, hoy aletargada por la fatiga electoral. Y esa acción que pudo tomarse y no se tomó, fue la construcción de una gran alianza opositora.

La responsabilidad del fracaso del proyecto de una gran unión de las fuerzas formalmente democráticas y antipriístas, recae principal aunque no exclusivamente, en el PAN, pues fue ese el partido que dio el “no” final, aunque justo es reconocer que el liderazgo del PRD no se caracterizó por su entusiasmo ante la idea de tener que dar su apoyo a un candidato que no fuera Cuauhtémoc Cárdenas. Nada tiene tanto éxito como el éxito, dicen los anglosajones, y hoy confirmamos una vez más la veracidad del dicho: mientras la oposición fracasó pública y escandalosamente en su intento de alianza electoral (el triunfo de lo particular sobre la gran visión y el interés general), el PRI tuvo éxito en su intento de “democratizar el dedazo” (el triunfo de la maquinaria y los intereses creados sobre cualquier otra cosa), y los efectos de ese fracaso y de ese éxito se ven ya en la atmósfera que hoy envuelve esta etapa de “la campaña electoral del milenio”, una atmósfera donde la imaginación y voluntad de cambio esta siendo aplastada por el viejo dinosaurio.

**Los Antecedentes.**- En el 82 y ante la crisis, el PAN reaccionó con una mezcla de indignación y efectividad y Chihuahua fue su primer frente de batalla en el movimiento de insurgencia electoral que el PRI debió vencer por medio del fraude tradicional. En San Luis Potosí, el movimiento navista, también combatido mediante el fraude por el PRI, no pudo ser sofocado y en 1987, y no sin violencia, obligó a renunciar al gobernador priísta, Florencio Salazar. En 1988, el panismo y el neopanismo, con Manuel Clouthier a la cabeza, por un lado y el Frente Democrático Nacional bajo el liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, por el otro, sorprendieron y quizá derrotaron al PRI, pero un fraude tan burdo como brutal dio la victoria, una vez más, al candidato del PRI, a Carlos Salinas. Ahí y entonces se pudo haber fraguado una formidable unión de las izquierdas y derechas democráticas, pero a

final de cuentas, el PAN decidió aprovechar la coyuntura y convertirse en el fiel de la balanza entre el PRI y su nuevo opositor: el cardenismo. La cúpula panista negoció entonces con un ilegítimo y antidemocrático Carlos Salinas y logró avances tan espectaculares como gobernaturas y el apoyo de la bancada priísta en una serie de medidas legislativas que hicieron realidad parte sustantiva de su proyecto histórico que, por otra parte, no era muy distinto del dominante a nivel mundial y acorde con el proyecto personal de Salinas. Los ataques del PAN al cardenismo y al PRD y su indiferencia ante los esfuerzos democráticos del navismo potosino, resultaron un apoyo invaluable para el PRI.

En el debate nacional de 1994, Diego Fernández de Ceballos, candidato presidencial del PAN, y en el único momento en que estuvo en igualdad de circunstancias con el candidato del PRI, Ernesto Zedillo, y el del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, obtuvo una victoria contundente. El abogado experimentado, literalmente apabulló al economista y al ingeniero. Se hizo creíble su posible victoria en las urnas, pero justo entonces, de manera inexplicable --como bien lo señalara el propio Vicente Fox en su libro reciente-- el fiero líder panista simplemente hizo mutis y casi desapareció del escenario, y con ello aumentó considerablemente el campo de maniobra para que la maquinaria priísta hiciera triunfar con un 50% del voto a un candidato del PRI que no era el original sino el sustituto, Ernesto Zedillo, nombrado en medio de la crisis provocada por el asesinato de Colosio, el candidato original.

En 1997 PAN y PRD lograron arrancar por primera vez al PRI el control de la Cámara de Diputados, pero bien pronto ambos se negaron a mantener su exitosa colaboración inicial. El apoyo del PAN a la posición del gobierno en el escandaloso caso del rescate bancario (FOBAPROA), y que añadió más de cien mil millones de

dólares a las obligaciones públicas, envenenó la relación PAN-PRD. Y la culminación del proceso fue el rechazo a la alianza electoral para el año próximo y donde, de nuevo, Diego Fernández de Ceballos fue un factor decisivo, aunque no el único, para destruir la posibilidad del frente antipriísta PAN-PRD y desvanecer así el mayor peligro para el viejo partido de Estado en el 2000.

No es ilógica la conducta del PAN. Si el antidemocrático PRI perdiera la presidencia, se desmoronaría. Y sin el PRI, el PAN podría ganar la presidencia, pero se quedaría sin su mejor defensa contra el PRD y todo lo que ese partido representa, es decir, contra la movilización de masas en una sociedad brutalmente desigual.

**En Suma.**- Una de las características de la verdadera democracia política es la incertidumbre sobre los resultados de las contiendas electorales. En las condiciones mexicanas actuales, la incertidumbre electoral bien se pudiera convertir en social y eso es lo que ha vuelto al PAN cauto, muy cauto, en el juego del poder, y prefiere la certidumbre de lo conocido, aunque sea antidemocrático.